INDICE DE EXPOSICIONES

La arquitectura y escultura en el arte sacro

José Luis Alonso Coomonte es un escultor zamorano que ha obtenido medalla de oro en la II Bienal de Arte Sacro de Salzburgo por una custodia que se exhibe en la nueva Sala Templo y Altar. La custodia, construída en hierro y piedra, constituye un alarde de buen oficio, y tiene como concepto la idea de «dejar en el arte» la sagrada forma..., y junto a la obra del artista se han reunido varios arquitectos para celebrar coloquio. Eran éstos Luis Felipe Vivanco, quien muy acertadamente presentó la obra del escultor; Fernando Cuenca, Fernández del Amo, Carlos de Miguel, Luis Moya, Alejandro de la Sota y Vázquez Molezun, presididos por el Padre Aguilar. Todos coincidieron, aparte de los diversos análisis sobre la obra de Coomonte, en significar el nuevo aliento religioso que se aprecia en las obras de arte y que puede tener características exteriores en el empleo de materiales «nuevos», como la piedra y el hierro, que precisan elementos de nobleza y humildad en las corrientes cristianas de nuestra hora.

Pero para nosotros, lo más destacado del coloquio es la reunión de nombres que pertenecen a una generación de arquitectos a los que debe la comunidad unas aportaciones que hoy es pronto para juzgar. Estos nombres, y algunos otros más —no muchos—, vienen dando ejemplo a través de los años de un interés y una atención por los problemas artísticos que han dejado una excelente influencia en las generaciones que los siguen. Aún es pronto para juzgar no sólo las obras realizadas, sino los entusiasmos gratuitos puestos al servicio general. Desde la gran labor de Carlos de Miguel, organizador de coloquios inolvidables, hasta este último se aprecia un interés, un bien hacer y bien sentir por parte de los arquitectos —de algunos arquitectos—, cuya actitud tanto influye en el pensamiento colectivo, ya que no hay influencia más proyectada que la de la arquitectura para revelar una serie de valores espirituales. Este cambio de la fisonomía española —en la habitación y en la fachada—; este reconstruir, salvar, resucitar y amar las piedras que fueron, es síntoma feliz que cada año se afirma más, y ello se debe a una actitud generosa de quienes saben el peso de sus juicios y de sus realizaciones. Por eso oír en torno a una obra religiosa las voces de los arquitectos, preocupados por la definición católica de la arquitectura, constituye una honda satisfacción, ya que revela que algo íntimo y profundo marcha por buen camino.

La obra de Togores

En la Sala Cisne se ofrece la obra de este artista catalán, tan ligado a una época de la pintura española. Togores desde muy temprana edad —dieciséis años— comenzó una búsqueda que ahora, al término de su vida, no ha cesado todavía. Quien alcanzó la primera fama con la pintura costumbrista en boga a finales y principios de siglo, con tipos como *El borracho* o *El loco de Sardañola,* vivió en París formando parte del grupo que integraban Picasso, Gris, Hugue, y siendo también firma dirigida por Kanweller, Togores ha buscado todos los climas del arte, y siempre en honrada y sincera profesión. Ahora, en su última colección, presenta una pintura «clásica» cuya mejor apetencia es la de querer ser equilibrada, clara, diáfana, con el excelente dibujo que siempre calificó la obra de Togores y con honrada realización clásica. Obra de maestro de ayer.

Publicaciones del Patrimonio Artístico

Muy sinceros elogios merece la labor realizada por el Patrimonio Artístico Nacional, que tan afortunados rescates ha hecho para bien de todos, devolviendo a la nación monumentos restaurados, resucitando otros, creando Museos nuevos, tan originales y fabulosos como el monasterio-convento de las Descalzas Reales, cuya guía viene ahora a aumentar las ya publicadas sobre varios sitios reales. De este recinto hemos hecho ya largas glosas, pero no está de más remarcar su interés y su caso único, ya que el visitante no penetra en un Museo al uso, sino en un lugar de pasados siglos en donde hasta el aire parece haberse quedado quieto entre las paredes. No es un Museo, sino un fanal donde todo está medido para que la vuelta a los siglos que fueron se haga sin esfuerzo alguno. Y haber sabido conservar ambiente, clima y «vida» que fué es el mayor acierto de quienes con buena fe y buen conocimiento han hecho posible esta aportación y buen regalo a la admiración general. Firman la excelente guía Junquera de Vega y María Teresa Ruiz Alcón.

Pintura «naif»

¡Qué bien viene esta pintura para purificar tristes aires, tremendismos, angustias reales o fingidas y otros males! Pérez Bueno es el autor de esta colección de lienzos, que tan bien engarzan con la mejor pintura «naif», desde Henri Rousseau a la abuela Moses, pasando por la

larga lista que llena los Museos de arte moderno. Una visión alegre, riente, ingenua, muy difícilmente ingenua, salida espontánea y naturalmente de una paleta cogida por necesidad imperiosa de pintar, de trasladar un mundo en feria a la tela. Pérez Bueno, pasada la edad de las jubilaciones, brinda una lección de amor a la vida y, a la par, una lección plástica de sinceridad, de buena ordenación del color, de composición y de amor a la pintura. Sus cuadros faltan en nuestros Museos.

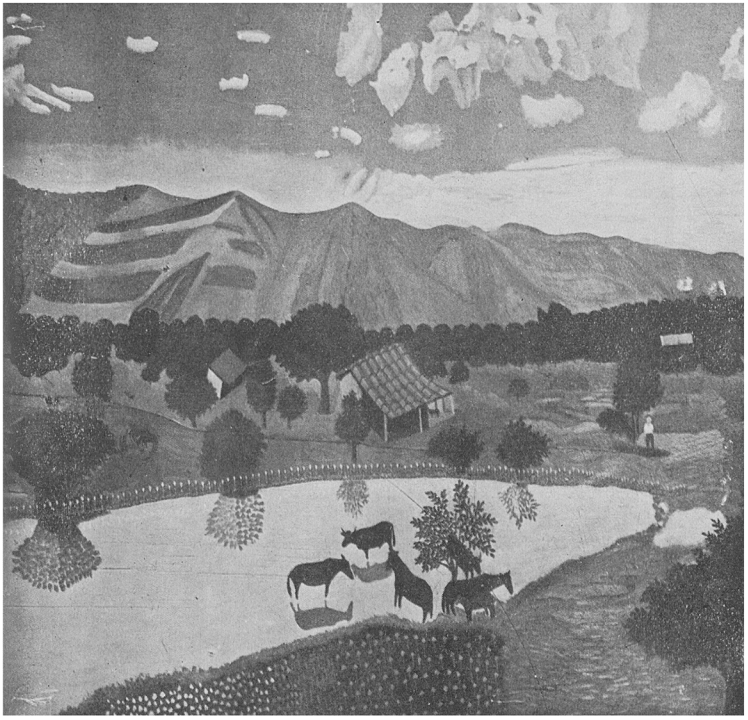
La obra de Tseng Hou-Hsih

En la Sala de la Dirección General de Bellas Artes se expuso la obra de un pintor chino: Tseng Hou-Hsih. Esta bella colección de pinturas obedece a un criterio tradicional, tanto en el empleo de las materias: papel de arroz, polvos de perlas, tintas chinas, etc., como por el concepto que inspira al artista, quien somete su pensamiento a los eternos temas de la milenaria China, casi todos ellos inspirados en la Naturaleza y en el contenido poético, en el cual se asienta el principio ordenador de la plástica oriental.

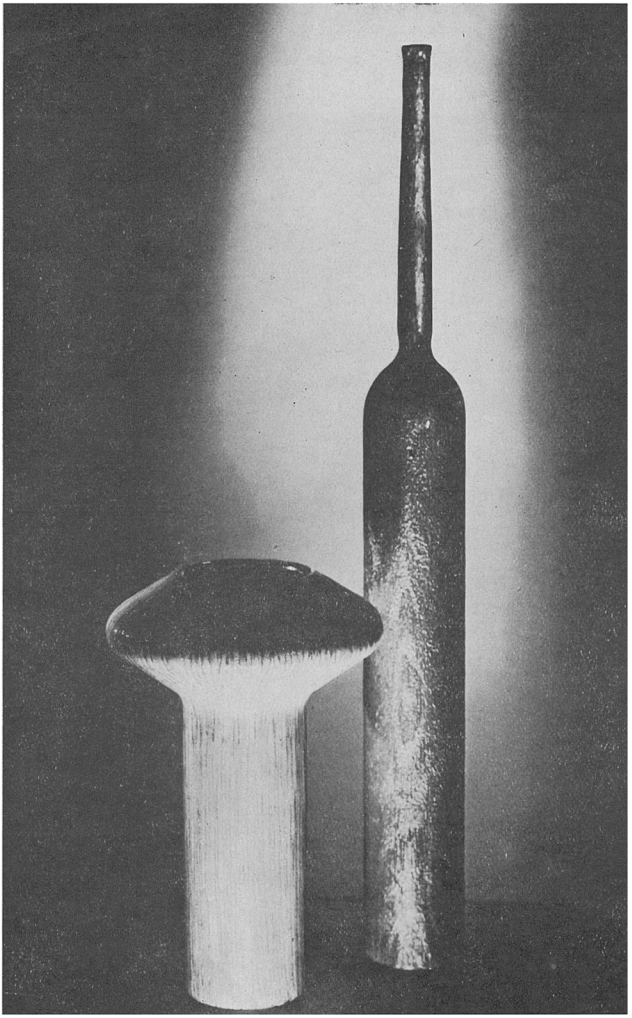
Tseng Hou-Hsih, a través de sus obras, nos conduce a un mundo imaginario, a esos ensueños en los que acaba algún viaje del libro *Las mil y una noches,* en donde los árboles, los ríos y los cielos adquieren una fisonomía distinta. Tseng Hou-Hsih se encuentra dentro de los pensamientos sobre la pintura y la inspiración Zen... Entre los recuerdos surgen éstos, que pueden considerarse cánones estéticos de la pintura china tradicional: El arte no está hecho para el conocimiento vulgar, sino para la inteligencia. El espejo pendiendo del corazón, la luna en lo alto. El pato salvaje atraviesa el espacio; su sombra pasa sin dejar huella tampoco. El árbol, la fuente, la montaña, nos llevan a la meditación profunda. La eternidad y la inmutabilidad del agua y de la montaña sobrepasan el poder humano. El arte, visión de un corazón inteligente, expresa la belleza en la metafísica y va más allá de los sentidos comunes; la belleza encuentra la verdad. En un cuadro, tanto el que lo mira como el que lo ha hecho están limitados por su propia posibilidad. Sólo la obra pictórica ha de ser ilimitada y llena de luz... En la noche serena, en el cielo infinito, al contemplar las nubes que avanzan apacibles, sentiremos de repente o el vacío o la extrema plenitud de vida.

Y sirva de final de estas normas estéticas la siguiente: El punto de partida del arte chino está en situarse fuera de la vida cotidiana y contemplar a este mundo con desinterés.

Tras la referencia de estos pensamientos de la inspiración Zen, consideramos de interés reproducir la glosa que el embajador de la Re-



Pintura naif: *Paisaje*, de VICENTE PÉREZ BUENO



Nueva cerámica: *Botella y vaso*

pública de China en España ha escrito sobre la pintura de Tseng Hou-Hsih:

«Como un vivo ejemplo del arte visual de la China milenaria, los trabajos de Tseng Hou-Hsih merecen la admiración de los interesados en las realizaciones artísticas del Extremo Oriente. Representante de una escuela pictórica que se remonta a los tiempos de la dinastía Tang, busca la aproximación estética más allá del espacio y del tiempo, ciñéndose a las reglas clásicas establecidas por Hsie-ho en el siglo VI y persiguiendo como finalidad reavivar las más nobles cualidades del pasado.

Las obras de Tseng Hou-Hsih están apuntaladas en la brillante tradición del arte chino, que evoca el amor a la naturaleza y produce en el ánimo del espectador una sensación de tranquilidad. Tseng Hou-Hsih es uno de esos raros artistas contemporáneos que, sin tomarse la molestia de hacer un boceto, terminan en pocos minutos un cuadro que cautiva por su ritmo y espontaneidad.

Donde mejor se aprecia el lirismo de sus paisajes es en la factura y el colorido. Basta examinar las líneas trazadas con firme seguridad y exquisita delicadeza para darse cuenta de que el artista se contenta con lo esencial, aunque respetando los detalles, y coloca en primer término la necesidad de captar la vitalidad rítmica.

A través de los trabajos de Tseng Hou-Hsih los enamorados del arte pueden apreciar la sutileza, el refinamiento y la sensibilidad de la pintura china clásica.»

Esta glosa de Huang Shao-Ku, embajador de la República de China en España, resume una exposición en la cual es posible trasladarse a un mundo lejano o poético, en donde las cosas esenciales adquieren un valor nuevo, inventado; una superior categoría que obliga al arte chino a crear un clima alejado de lo vulgar y a seguir una senda filosófica por caminos líricos... Por eso la inspiración de Zen ante un arroyo pintado con leves tintas, sobre leve papel de arroz, dice: «Este agua que corre es para nosotros el son perpetuo de laúd antiguo a través de la eternidad, la música y la pintura.»

Exposición de porcelanas

La exposición, amplia exposición, de la casa Bidasoa recoge variados motivos utilitarios y ornamentales, desde el biscuit a las técnicas orientales, tanto en el procedimiento de fabricación y coloración como en la temática. La técnica empleada, por tierras, cocciones, policromías, puede considerarse perfecta. Los resultados son óptimos y capaces de competir con los ejemplares extraños más valiosos. Pero algo hemos percibido en esta exposición que sería oportuno corregir, y esa algo consiste en que

las piezas expuestas obedecen a criterios miméticos. Si es cierto que existen los más variados estilos, cierto es también que estos estilos se ajustan a modelos pasados. Y así es fácil hacer una historia suntuosa de la porcelana a través de las vitrinas, pues allí nos encontramos modelos eternos de las fábricas de Rouen, Nevers, Sèvres, Marsell, Sajonia, Retiro, etc., piezas logradas con una fidelidad y perfección excepcionales, pero cuya originalidad se resiente. Y al igual sucede —en este caso casi obligadamente— con las ejecuciones de inspiración oriental, que pueden parangonarse con obras inmediatas, sin que exista la posibilidad —como es lógico— de que esas imitaciones lleguen a las «porcelanas azules» o a las de la dinastía Mig; pero las piezas de los bazares de Singapur u Hong-Kong bien pueden ser comparadas sin detrimento para las ahora expuestas.

Claro es que también existe la excepción en algunos objetos y vajillas que han tenido inspiración personal y que se colocan en la buena línea de las creaciones italianas o danesas de nuestro tiempo, pero aquí lo expuesto es escaso y se pierde entre el *mare magnun* —buen *mare magnun*— de las piezas que tanto gustan colocar en las vitrinas los decoradores de hoy, y por las que tanta predilección tiene el público que quiere dotar de un acento «lujoso» a su casa.

Nosotros nos atrevemos a sugerir a los expositores la necesidad de crear un estilo nacional en la categoría alcanzada. Ese estilo bien puede tener inspiración en modelos pasados, desde Paterna y Alcora hasta Sagardelos o Cartagena, pasando por el infinito mapa de nuestra cerámica popular, pues dado el grado de perfección alcanzado esas resurrecciones serían afortunadísimas cuando se consigue la calidad —que es lo importante— que se ha alcanzado con estas muestras de irreprochable ejecución... La historia de la fábrica de Alcora que fundó el buen conde de Aranda en generosa aportación (tan generosa que a los labradores de su señorío, con sólo presentarse en la fábrica, percibían el jornal), sería buen ejemplo. Este consiste en los viajes por las fábricas actuales del extranjero, para con todas las aportaciones crear un estilo propio y no la simple imitación, y si ésta surge, que sean modelos nacionales del pasado, que tanta profusión de motivos brindan y tan excelente acogida tendrían en esta época feliz del amor a las cosas que fueron. Claro es que esta labor de conservar los estilos nacionales y extraños que pudiéramos llamar tradicionales tiene, inexorablemente, que ser acompañada de otra: la de la pura creación. Y ahora que el artista vuelve los ojos al barro —ese primer tema del hombre—, la ocasión no puede ser más propicia. Dejando aparte el nombre de Picasso —buen «descubridor» de los temas de los socarrats de Paterna—, la lista de los pintores que tienen interés por la cerá-

mica, tanto por su volumen como por su ilustración, es larga. Nosotros recordamos haber ido a Toledo en varias ocasiones, y hasta hemos trabajado en el horno de Sanguino, en la compañía de Benjamín Palencia, de Pepe Caballero, de Zabaleta, que allí han dejado rápida huella de creaciones que conservamos celosamente y a las que falta esa continuidad para la que estamos tan negados los españoles.

Si la casa expositora, que demuestra recursos, sabiduría de técnicas, buen gusto y sana orientación, dirige los pasos artísticos de sus porcelanas y cerámicas por la línea de nuestros artistas, tendrá triunfos insospechados en los mercados internacionales, como los han obtenido aquellos que han incorporado a la tarea industrial el diseño artístico, no hechos por artesano al azar, o por hábil, habilísimo copista, sino por artista con fama y refrendo creacional.

La visita, por ser tan beneficiosa y alentadora, brinda los consejos dados que pueden resucitar viejas glorias de nuestras cerámicas y porcelanas, que en este caso y en otros varios tienen causa y razón para legítimo orgullo.

El Salón de Otoño y el último homenaje a Picasso

Buen emplazamiento este del Salón de Otoño, que permite al visitante no sentirse defraudado, ya que el verde primero que anuncia la primavera en víspera de estreno, el guirigay de los pájaros y el alto cielo azul que define a Madrid, son alicientes que no fallan en el parque del Retiro, ese bello parque que conoció versos de Villamediana y artificios para las graves comedias de Calderón.

El salón cumple este año su cincuenta aniversario. Hace el número 33, y su secretario y entusiasta mantenedor, José Prados López, ha logrado una sala, que es buena cita para servir de punto de comparación y de partida. Esa sala está dedicada a los fundadores, y en ella nos encontramos los nombres de Sorolla, Cabrera Canto, Domingo Marqués, Sotomayor, y Chicharro, entre otros. ¿Qué ha pasado en tan escaso plazo de tiempo para que la pintura —documento perenne de la vida del hombre— haya cambiado tanto? Cuando pensamos en las últimas exposiciones vistas, en los «magmas, en las convulsiones volcánicas o estelares que definen a la pintura de hoy y vemos este mundo típico o anecdótico de los que fueron, la diferencia es tan grande, tan profunda, que no acertamos a explicarnos, cómo en tan breve espacio de tiempo ha cambiado el alma y el pensamiento del hombre. Es buen recurso decir que la ciencia nuclear, etc., es la causa de este fenómeno que traslada fielmente la pintura; pero sabemos que no es así; que mucho antes Kandisky abría a la pintura no un horizonte nuevo, sino

todos los horizontes y todas las posibilidades. Y es que algo muy hondo ha transformado conceptos, pensamientos y actitudes.

Pero el salón es un remanso en donde el artista que empieza y el aficionado, para quienes fué fundado, siguen en la parada del tiempo. Abunda una pintura ajena al paso de los años, en la cual hay obras muy estimables, como sucede en todo certamen, abundando los intentos miméticos y la pintura, sin otro accidente que la mayor o menor torpeza del ejecutante.

Nosotros confesamos nuestra simpatía hacia el Salón de Otoño, es un reposo, es un saber que hay muchos artistas repartidos por la geografía que sueñan con sus premios, con sus títulos, y que este reducto sentimental debe continuar para que no creamos que el mundo, de pronto, ha cambiado rumbos, sino que existen muchos artistas serenos e inocentes que gustan de copiar las márgenes de un río o los prados de una montaña, con ingenuidad, sin angustias ni tormentos ni ambiciones, sino en paz y en gracia de Dios, en ocio de domingo y en sueño venturoso de ver colgada su obra en este salón a ellos dedicado en el otoño, que siempre un venturoso azar convierte en primavera.

En la lista de los expositores se hallan nombres bien conocidos en la pintura de actualidad, desde Cruz Herrera o Agustín Segura hasta los paisajistas Merino o Rosa Cervera —esta última autora del envío del mejor paisaje—; pero la lista sería extensa y son nombres ya encasillados por sus exposiciones individuales y nunca deben faltar en cada salón para darles su base y cimiento, aunque nuestra predilección íntima se inclina por esos nombres desconocidos que empiezan el camino de la gloria, desde su tranquilo estar, ajenos a los problemas de la pintura y del hombre o de la pura estética, cumpliendo su deber de llenar telas y telas con ese ingenuo y torpe pincel por el que hoy nos inclinamos casi con la emoción que nos daría oír en casino provinciano unas doloras de Campoamor o unos versos de abanico dedicados a una dama por el poeta de la localidad.

Exposición homenaje a Picasso

No sabemos si el muy figurativista Pablo Picasso daría su visto bueno a esta exposición abstracta e informal —salvo dos o tres obras— en la cual forman el grupo alemán y el grupo Picasso de Málaga. El caso es que el certamen, patrocinado por el alcalde de la ciudad, está bien concebido y bien realizado, y con él la Casa de Málaga se suma al homenaje, que supone el cumplimiento de los ochenta años de Pablo Ruiz. Cuatro obras elegiríamos nosotros entre las expuestas. La firmada por Guevarra, casi retratista de una erupción volcánica de esos *deside-*

ratum siderales, tan abundantes en la pintura actual; de una más sabia composición del alemán Hacker y de otra que firma Hammerschmidt. Una escultura de Ramón, en la que el artista une elementos escultóricos de un orden abstracto y otro figurativo, pone punto final; pero para que la lista no quede cerrada podríamos añadir un óleo de Alberka —a quien hace poco advertimos del pecado de repetición— y otro de Brinkman, a quien hace tiempo advertimos también de que su pensamiento e inspiración necesitan una fuerte raíz figurativa, pues su actual expresionismo-abstractista así lo revela una vez más. Pero el autor sabrá mejor de las razones, de las causas y de lo que persigue en la pintura, que debe ser todo menos seguir una corriente porque sí, ya que cuando se posee personalidad, y Brinkman la anunció desde su primera exposición, debe cultivarse, y sobre ella realizar todas las experiencias en busca de ese latido último de las cosas que pueden